

## **Aulicino, Jorge**

### **Paisaje nocturno**

No es momento de ajustarte a la belleza del cielo nocturno:  
ni la luna en la punta de los pinos del parque  
ni el silencio repentino de esa alcantarilla  
que hasta recién sonaba  
encierran nada que no sea esto:  
el paisaje lejano que jamás te contiene.  
Pero no fue que el destino prometiera y ahora...  
Supiste que el bisturí disecaría todo.  
Si estás en un bar y te abrigan  
los restaurantes, te contentás.  
El cielo no había dicho nada.  
El cielo solo prometía algún lugar de confort.  
Muy bien: este es.  
Dios se quedó con los designios y el resto es macilento.  
Los pinos y las alcantarillas cantan algo que no sabés.  
Ni siquiera la sensación de haber sido expulsado.  
No hay edén ni exactamente tormento.  
Es bastante tomar el vermut sin miedo a que te ahorquen  
en una ciudad donde podés morir de mil maneras violentas.  
¿Ves allá? Un hilo de sangre. El agua que drena  
de ese otro bar, enfrente, puede ser el reguero de un crimen.  
¿Ves allá? El viento agita un farol.  
Hay tres tipos sentados en el cordón.  
  
Conociste a uno que ahora recordás  
como el que hablaba sin dar importancia a las cosas  
y las dañó muy poco.

## **Música para aeropuertos**

La ciudad es todos los ojos encendidos en la niebla y el frío.  
Detrás de cada ojo hay vidas que no son conscientes de sí mismas  
o no tanto como el hombre que mira los ojos amarillos desde la calle.  
Este hombre tiene frío y siente el aire húmedo subiendo por sus piernas.  
Es el único que escucha los últimos ruidos de los autos  
y le parecen raros un camión estacionado  
y el tambor de desperdicios en la vereda del bar.  
En la noche de un día que no tenía previsto,  
es quizás el único verdadero testigo de la civilización.  
El que podría decir son grandes estos ruidos;  
estos ojos, extraños; el frío es real y no es humano;  
esta civilización, que en una foto satelital es sólo grumos,  
unas trazas, una de esas figuras de los microscopios,  
ha vivido, se ha alzado en edificios de ventanas luminosas  
y por las noches abandona las calles a inimaginables visitantes:  
quizá es su deleite.  
Porque la civilización debe conocer su sentido,  
como el universo, aunque en realidad impresiona  
su inconsciencia del frío, del abismo.

A solas este hombre en su cuarto mirará el diario del día  
anterior como un documento raro.  
Saldrá todavía muchas noches para convencerse.  
Probablemente no se convenza. Su voluntad de hierro  
lo hará insistir. Porque hay, dirá, debe haber un sentido  
en todas esas ventanas que se encienden de noche y  
en el vacío de las calles y en la trepidación de los sótanos.

## **Paisaje con autor**

Vivió una escenografía de libros abandonados,  
un televisor encendido después de la transmisión  
y cigarrillos sin terminar.

Procuraba mirar de frente los objetos:  
las roturas del asfalto o las plantas de un acuario.

Pensó en los objetos, soñó con objetos,  
vivió rodeado de objetos sin traducción.

El mal y el bien no parecen distintos detrás  
de un vidrio tan nítido.

Ahora piensa que el mundo está arreglado  
de acuerdo con ciertos propósitos.

Y más allá de ellos los objetos se destiñen sin objeto.

El mundo se rinde de esta manera y uno sonríe  
sin entender en qué consiste el triunfo,  
mientras el sol brilla sobre una botella en los techos  
o escucha los trenes o la lluvia

que vuelve a caer donde había caído y agrega  
hongos, óxido, humedad, ciertos olores  
a un paisaje que sin embargo no termina de explicarse.